

TRES MIRADAS EN LA VITRINA. ILÓGICAS CORPORALES EN LA VISITA AL MUSEO DEL ORO EN BOGOTÁ

Alejandro F. Haber

Un etnógrafo se interesa por sus cualidades, y no por su intensidad, al sustituir la inmediatez de su explosivo devenir por un muro de distancia. Es decir, estamos propiamente ante una ciencia que le conquista al objeto el derecho a contemplar, propiedad gracias a la cual el objeto llega a ser objeto.

Mijaíl Ryklin (2000)

Tres miradas: al fondo la de Juan Carlos²; en el medio, la de la máscara de oro, y como tenue reflejo, la mía. Las tres te contemplan a ti, y se contemplan entre sí (fotografía 1). Juan Carlos me mira. En su mirada hay complicidad: ambos estamos jugando el juego que nos proponen la máscara y su marco —vitrina y libreto—. Juan Carlos Piñacué Achicué es mi colega, lo conozco desde que estaba terminando sus estudios de grado en la Universidad del Cauca, cuando en noviembre del 2008, en un

² Agradezco a Juan Carlos Piñacué Achicué que aceptara la exposición. Esta viñeta es, en el fondo, un intento por transformar en conversación lo que pudo ser una objetivación, razón por la cual también le agradezco su interpelación.

³ Según adelanta la investigación de Luis Gerardo Franco.

intermedio durante el Congreso Colombiano de Arqueología de Medellín, tuvimos la oportunidad de compartir un café (¡qué más!) y una charla. Me habló de sus estudios, de su pueblo nasa y su familia. Me habló de la Minga de

Resistencia que por esos momentos se encontraba en Cali, presta a partir en la larga marcha a Bogotá. Le hablé de los estudios de posgrado en mi país y las ofertas de becas. En el taller sobre las guacas volvimos a compartir, y en la visita al museo estaba en el pequeño grupo cuando Les Field comentó sobre la máscara y su notable semejanza con el rostro de los nasa. La relación de inmediatez entre los rostros nasa y la máscara de Tierradentro alojada en el Museo del Oro daba por tierra con el temerario aserto según el cual “los actuales indígenas paeces llegaron a la región después de la Conquista”, con el cual termina el panel “La gente y el oro en el Alto Magdalena”, una afirmación del terror que parece haberse vuelto parte del sentido común disciplinario regional³. Le

propuse que posara tras la máscara para una foto: vestigio con vestigio⁴, una captura irónica de la objetivación museográfica y la denegación museológica de la historia nasa. Los que estábamos allí, también Juan Carlos, disfrutamos de la ocasión. A los efectos de medir la calidad de la representación, la máscara es mucho más fiel imagen del rostro de Juan Carlos que mi foto lo es de la escena. Aunque tal vez esta apelación a la representación no sea más que un rápido intento de sosegar una relación inquietante. Que el pueblo nasa heredara el rostro de sus antepasados, y que estos se volvieran piedra de metal sugiere que aquello que se encuentra preso del museo excede enormemente la valoración del objeto, incluso su peso en metal.

⁴ Una lectura indisciplinada del vestigio y de la importancia nomotológica de las relaciones vestigiales se encuentra en Haber (2011).



FOTOGRAFÍA 1. JUAN CARLOS PIÑACUÉ EN EL MUSEO DEL ORO

Fuente: fotografía del autor.

En la foto, solo muy tenues se ven los reflejos de mi propia mirada, jugando allí el papel del observador, pero observado por

Juan Carlos y por el dios de oro. Ellos me interpelan en mi lugar de observador arqueólogo/etnógrafo, ya fallido conquistador de sus derechos de contemplarme. La leve imagen de mi espectro en el vidrio de la vitrina fenece mi *exotopía*⁵.

Mi imagen también me mira, aunque es tan tenue que más parece una de esas sombras que los amantes de la fotografía esotérica identifican con la presencia de fantasmas. Una lectura objetivista del rol de la arqueología en la construcción de los nacionalismos es, justamente, lo que tendría en común mi mirada espectral con las arqueologías nacionalistas. Me refiero a la inmediatez, incluso si espectral, del autor con respecto a la imagen del otro. Me gusta que esos reflejos vengán a constatar la banalidad de las escrituras *exotópicas*, tan características de la arqueología (incluso de las más críticas) como del Museo del Oro⁶.

El rostro de oro también me mira, negándose en su contemplación a aceptar mi propia negación de su mirada. Y no solo me mira. También me dice, desde su encierro, que los dioses están

prisioneros en el Museo del Oro⁷, como en cualquier museo, como en todo texto arqueológico que los reduce a objeto al negarles el derecho a contemplar al autor, a interpellarlo, a conmovir su obstinada reducción a dimensión material administrable mediante mensura y clasificación, seco hueso de la corporalidad colectiva expropiado ya de su derecho a réplica.

Delante y detrás del rostro de oro, sendos vidrios provocan otro juego de reflejos, por lo que aquel también es capaz de contemplar a Juan Carlos mientras él me contempla. Y a través de mí, te contempla a ti, lectora, así como el dios de piedra de metal fijamente te mira y hasta yo mismo te estoy mirando mientras escribo. Te decimos: no estás allí simplemente

5 Posición externa (sensu Bajón 1986).

6 La arqueología habla acerca de otros, y establece sus personalidades autorial y lectoral por fuera de esos otros acerca de los que habla. Enunciador y enunciatario están fuera de aquello de lo que se habla, de modo que se entiende que la relación es no dialógica sino de objetualización. El enunciador del Museo del Oro y los que su discurso supone son los visitantes están igualmente fuera de esos otros acerca de los que habla. Ocurre una disrupción de los efectos esperados por el discurso monológico cuando esos otros se presentan desacomodados como enunciatarios del discurso y cuestionan la voz que los enuncia. El Estado multicultural dice reconocer otras voces, pero igualmente el Estado se enuncia a sí mismo desde una sola voz (aunque se traduzca a distintas lenguas, el yo que enuncia al Estado sigue siendo el mismo). De modo que las otras voces no forman parte del diálogo que el Estado dice establecer, sino que son los objetos que el Estado reconoce como sus otros.

7 "Los dioses y diosas están prisioneros, no tienen alimentos, no tienen visita de sus familiares, están como castigados". Palabras recogidas en el documental *Elderly Words: Who's Threatening the Water?*, de Villafañe, Gil y Gil (2009). Agradezco a Amado Villafañe por compartir su material y a Wilhelm Landaño por provocar la oportunidad.

para mirarnos, como si estuviésemos en la vitrina, reflejamos el negativo de tu mirada. Como su dios, Juan Carlos está encerrado tras el vidrio; yo lo estoy como lo está mi reflejo; tú lo estás una vez que —tres miradas— te hemos contemplado. La vitrina que nos separa nos refleja. Cuerpos encerrados en la misma violencia.